

MUSTÉLIDOS

Lo llevó hasta la zona de los animales disecados, unos metros más allá de donde estaban, sin darle explicaciones. Por aquí, le dijo, y fueron en silencio. Al cruzar bajo el arco de entrada y verlos allí expuestos, él se volvió con sorpresa, mirándola de frente.

—¿Te gusta la taxidermia, a ti?

Ella se encogió de hombros, contestó evasiva.

—No. Sí. Me da igual. Es sólo que esta parte es más tranquila.

El museo estaba plagado de niños, pequeños alborotadores que avanzaban en grupos por los pasillos, las escaleras, las salas, guiados con dificultad por profesores, padres y madres desbordados, monitores, cuidadores, a veces más chillones, más entusiasmados que ellos, con mochilas, cámaras, bolsas de merienda, cuadernos de actividades, estuches de lápices que caían y rodaban por el suelo haciendo tropezar a otros visitantes. La gran atracción aquellos días eran las nuevas reproducciones de dinosaurios que se movían e incluso rugían,

abriendo y cerrando la boca con una tibia fiereza ante la que los niños fingían un miedo que estaban muy lejos de sentir. También los terrarios, el cine en 3D y la parte de juegos —*zona interactiva*— eran grandes reclamos: manivelas, ruedas, palancas y botones para tocar, morder, frotar, chupar o directamente romper. Dejando atrás aquel jaleo, la pareja recorrió el estrecho corredor bordeado a ambos lados por vitrinas con ejemplares disecados —resecos, murmuró él—, con la sensación de internarse en un templo donde unos pocos fieles, con respeto casi religioso, pegaban la nariz a los cristales y leían en voz baja, moviendo apenas los labios, los cartelitos que detallaban las características de cada especie.

Ellos simplemente paseaban, mirando de reojo a los animales de ojos fríos y pelaje sin brillo. Paseaban sin rozarse. Era la primera vez que viajaban juntos y aquello los forzaba a una intimidad a la que no estaban acostumbrados. En la empresa eran dos trabajadores más, dos que ni siquiera compartían planta, y ahora tenían que caminar el uno junto al otro, tratando de sostener la conversación. En el avión habían estado hablando de la reunión, de cómo debían afrontarla. Participaría gente que no conocerían, probablemente también asistirían algunos superiores confundidos que escucharían sus propuestas con escepticismo para después repetirlas como propias con otras palabras, más grandilocuentes y sentenciosas. Los dos estaban de acuerdo en el enfoque, quizá porque a ninguno le importaba demasiado ceder ni convencer. Vendían su esfuerzo y punto: esto lo tenían muy claro. A él le

gustaba el ligero desdén que ella dejaba traslucir por su trabajo. Pensaba que eso, de algún modo, los acercaba un poco. Cuando habían aterrizado aún les sobraban más de dos horas. La ciudad los recibió con un manto de niebla y una ligera llovizna pegajosa que se adhería a la piel. El museo estaba cerca de la empresa que debían visitar y el acceso, leyeron en la puerta, era gratuito. Ella le propuso entrar; él pensó que era una buena manera de hacer tiempo. Ahora ya no lo tenía tan claro. Agotado el asunto de la reunión, no sabía de qué hablar. Su compañera caminaba absorta, o desganada. Habían recorrido el pasillo de las aves y giraban por el de los mamíferos, cuando ella se detuvo en seco, con una carcajada corta y —a él le pareció— nerviosa.

—¡Mustélidos!

—¿Cómo?

Ella señaló el letrero.

—Mustélidos.

—¿Mustélidos?

—Siempre me gustaron. Son mis animales preferidos.

Él repetía despacio sus palabras, mirándola con cautela.

—Te gustaron. Son tus preferidos.

—Sobre todo las nutrias. Las nutrias de mar. ¿Sabes cómo son? ¿Has visto sus caras? Son tan expresivas...

—Las nutrias.

—Y el nombre. El nombre en sí: *mustélidos*. Tiene su gracia, ¿no? Suena bien. Las palabras esdrújulas suelen sonar bien.

Él meneó la cabeza.

—Tienes cosas sorprendentes a veces.

¿Por qué? Ella se mostró seria. ¿Qué había de raro en que le gustase aquello? Los mustélidos —cuerpos alargados, patas cortas, explicó— son animalitos llenos de matices. Invasivos y destructores, pueden llegar a ser tan dañinos para el campo que en los pueblos los odian y los cazan con trampas para molerlos después a palos. Agresivos, pero también desconfiados, buscan el abrigo de sus madrigueras, que sólo abandonan por las noches para cometer fechorías o para acabar siendo atropellados en las carreteras secundarias. Y son tenaces, son supervivientes netos: hay subespecies repartidas por todo el mundo y se adaptan fácilmente a cualquier entorno porque comen de todo, o casi de todo. Graciosos, sí, pero no trates de acariciarlos: con sus dientecillos te pueden atravesar la piel en un segundo, y maldita la gracia entonces. A la mayoría de la gente no les gustan del todo. Como los roedores, producen rechazo y repugnancia. Sin embargo, los adolescentes adoran los hurones. Los sacan de paseo con sus correas y a veces, incluso, los echan a pelear para divertirse un rato. En cuanto a la piel de los visones y las martas cibelinas, bueno, eso también parece atraer a otros tantos, ¿no?

—Eres toda una experta. Yo ni siquiera sabía que las nutrias fueran de la misma familia que —vaciló— los hurones o las comadreja.

La mirada de ella destelló.

—Claro que son de la misma familia. Lo que pasa es que su aspecto es más bonachón, más redondeado.

Él tomó nota de las palabras que ella usaba, «bo-

nachón», «redondeado», y pensó que poca gente hablaba así hoy en día. En realidad, estaba hablando como no la había oído hablar en el avión, con más énfasis y menos apatía, aunque aún con mucha seriedad —una seriedad infantil, quizá—. Ella le preguntó si no había visto un vídeo de dos nutrias de mar que dormían cogidas de la mano, flotando boca arriba en el agua. No, dijo él. ¿No? ¿De verdad no lo había visto? Era tan divertido. El vídeo había circulado por todos lados; todo el mundo lo comentaba y lo enlazaba. Alguien le había puesto una música relajante que acentuaba la placidez de la escena y...

—¿Lo habían grabado en un zoo? —interrumpió él.

—¿Qué?

—¿Estaban en cautividad las nutrias? ¿Quién grabó el vídeo?

Qué más da, dijo ella. Frunció el ceño. Quizá fue en un zoo. Se oían voces de fondo, gente riéndose, niños, así que no debía de ser en un lugar salvaje. Qué más da, repitió. Se acercó al cristal y observó a un tejón disecado. Era un ejemplar grande, del tamaño de un perro mediano. Sus diminutos ojos de cristal, tan próximos entre sí, formaban una mueca de contrariedad.

—Un amigo me contó que venden tetra briks de orina de tejón. Un tetra brik de un litro de orina, ¿lo imaginas? Ir a una tienda y comprar eso. Creo que la utilizan para cazar. Impregnan de orina los pies de los árboles y los perros se vuelven locos, mejoran su disposición para correr y estar alertas y detectar presas.

Él miró también la cara rayada del tejón, simulando interés.

—No lo había oído nunca. Orina de tejón —repitió—. Mi abuela decía que la manteca de tejón es buena para el asma. Mi padre era asmático y yo... yo soy asmático también. Ella, mi abuela, insistía siempre en lo de la manteca, pero nunca he sabido si eran supersticiones o si de verdad es un remedio efectivo. De todos modos, ¿qué es la manteca de tejón? Quiero decir, ¿de dónde se saca? ¿Se vende o qué? ¿Y cómo se usa? ¿Se la extiende uno por el pecho, se la... se unta en una tostada y después se come?

Rió y se rascó la cabeza. Su broma no había funcionado. Cambió el tono.

—El asma es terrible. La sensación de asfixiarse es angustiosa. Sólo quien lo ha vivido lo sabe. Cuando yo tengo ataques no hay nada que me valga. Y esto de la manteca de tejón y de mi abuela, en fin, no deja de ser una tontería porque... nunca pude probarlo.

Se interrumpió. Hacía rato que ella no lo escuchaba. Estaba unos metros más allá, agachada frente a otra vitrina con ejemplares más pequeños: comadreja, armiños, visones y martas, todos ellos inmortalizados en posturas de vigilancia o de ataque, como siguiendo una estrategia de grupo. Leía con mucha atención los letreros y luego los inspeccionaba para corroborar que los detalles de la descripción coincidían debidamente. En cucullas, con el abrigo arrastrando por el suelo, le explicó que el pelaje del armiño cambiaba según la estación, aunque la punta de la cola siempre, siempre, permanecía negra. Como si no lo acabara de leer, pensó él. No comprendía su entusiasmo. En su opinión, aquellos animales eran feos y antipáticos. Quizá vivos

podrían tener su encanto, pero disecados le parecían realmente desagradables. Los imaginó chillones e histéricos. Dos de ellos —¿dos visones?—, colocados frente a frente, daban la ridícula impresión de estar charlando o discutiendo. Él dijo que le recordaban un montaje de Walter Potter. Ella no respondió. ¿Sabía quién era Walter Potter? ¿Merecía la pena explicárselo? Luego recordó algo mejor para llamar su atención y sonrió para sí antes de llamarla por su nombre. «Nuria», dijo. Ella se volvió con un gesto de contrariedad, como si la hubiese tocado, y lo miró expectante.

—¿Conoces ese cuadro de Da Vinci, *La dama del armiño*? ¿Sabes que en una primera versión no había ningún armiño?

Aquél era el tipo de datos que él solía retener en su cabeza cuando leía los suplementos dominicales del periódico. Lugar y fecha de las exposiciones de los mejores montajes de Walter Potter. La historia de *La dama del armiño*. La fecha de nacimiento de Da Vinci. La fecha de su muerte. La chica respondió un poco ofendida.

—Claro que conozco el cuadro. Lo conoce todo el mundo. ¿Qué hicieron para saber lo del armiño? ¿Un análisis científico de esos que llevan años y cuestan un dineral? ¿Sólo para saber que algunas pinceladas no eran realmente de Da Vinci?

—Todas eran de Da Vinci. Aunque el cuadro se pintó en varias fases. Al analizar a fondo la pintura descubrieron que en su origen había sido un retrato mucho más convencional. En esa época eran típicas las escenas de la dama que mira a su amante entrando por

la puerta..., miradas laterales misteriosas. Pero el análisis mostró también que, en un segundo retoque del cuadro, había existido una versión inicial del armiño más pequeña y delicada que la que conocemos. Se supone que el animal representaba al caballero que protegía a la dama, un duque. Y a este duque no le convenció el resultado, así que le pidió a Da Vinci que rehiciese la pintura y pintase un armiño más grande y fuerte, porque tal como estaba le parecía... impropio de su rango. Así que en la tercera versión tenemos un animal musculado y robusto... con mucho peso en el cuadro.

—¿Y Da Vinci hizo lo que le pidieron?

—Claro. Pintaba retratos al gusto de los retratados. ¿Qué iba a hacer? ¿Negarse?

—No, está bien. Eso me da igual. Para mí lo llamativo es que la dama sostenga al armiño entre los brazos. Un bicho como ése no se deja coger tan fácilmente. Quiero decir que, si era una irrealidad, si sólo se trataba de darle un significado y no de representar a una simple mascota, Da Vinci podría haber pintado mejor un león o un tigre, qué más da. Algo todavía más fiero, para contentar al duque, más... viril. Cuando conviertes las cosas en símbolos puedes hacer con ellas lo que quieras, ¿no?

Él se fijó en su sonrisa. ¿Ironizaba? ¿Al hablar de los símbolos se estaba refiriendo a sus cuentos? Él todavía no había terminado de leerlos. Tenía el libro desde hacía varios meses, pero sólo había leído los tres primeros. Le habían disgustado. No sabía por qué, pero le habían causado una inquietud indeterminada. Había

esperado, quizá, algo más dulce, o más sencillo. Pero aquello, la sutileza de la ambigüedad, las insinuaciones oscuras... eran demasiado turbadoras. Desde entonces la miraba con más curiosidad. Una mujer que escribe en sus ratos libres y que incluso consigue publicar su libro pero no lo va pregonando por ahí—él se enteró de casualidad y lo compró sin decirle nada—, todo eso le sonaba bien, le daba a ella un aura de inteligencia. Inteligencia, profundidad y cultura, pensó, por eso le chocaba verla ahora señalando con un dedo a una garduña, casi tirada ya por el suelo. ¿Cómo podía ser la misma persona? ¿La misma que le explicaba—¡como si a él le importara realmente!— las diferencias de pelaje con las martas? Garduñas y martas: a él le interesaban tan poco como probablemente a ella lo que él le había contado del cuadro de Da Vinci, pero al menos él sí trataba de disimular. ¿Y qué era lo que le interesaba a ella? ¿De verdad le gustaban aquellos horribles animales disecados? ¿Simplemente por sí mismos o es que le funcionaban como símbolos? ¿Había símbolos en sus cuentos? ¿Símbolos que él no había sido capaz de descubrir? ¿Qué trataba de decir exactamente con sus historias? Él había sentido al leerlas que se le escapaba algo, pero tenía la sospecha de que lo que se escapaba no era nada claro, ni definido, ni siquiera voluntario. O quizá ella jugaba al juego de lo equívoco como un simple adorno, para darse importancia. Como pintando un armiño más grande donde en el inicio no había más que un hueco, pensó.

Se sentía irritado.

Ella cruzaba el pasillo de una a otra vitrina, apoya-

ba las manos en los cristales dejando las marcas de sus huellas, sonreía ensimismada. No era mucho mejor que los niños con los dinosaurios, pensó él, cuando recordó otra curiosidad. Se acercó a su espalda, quiso apoyar la mano en su hombro, nombrarla de nuevo —«Nuria»...—, pero se contuvo. Simplemente habló, venciendo su temor de resultar pedante o insistente.

—Antiguamente la NASA utilizaba hurones para cablear edificios. Lo vi una vez en un documental. Su cuerpo es tan elástico que pueden atravesar huecos estrechísimos y escurrirse por sitios diminutos. Antes no había otros medios..., así que se valían de ellos. Y también los usaron en la boda de Carlos de Inglaterra y Diana de Gales. Claro que de eso hace mucho, nosotros éramos unos críos, pero oí que todos los cables de televisión y de sonido los instalaron con hurones. Luego se montó un buen lío porque un hurón se escapó y no supieron dónde se había metido. Lo buscaron y buscaron por todos lados, pero no lo encontraron y hubo que empezar la ceremonia, y después apareció en las últimas filas. Imagínate el jaleo allí, un hurón saliendo de pronto de entre las faldas de las damas, y los invitados chillando, subidos en los bancos.

Rieron. A él le gustó su risa. Se sentía satisfecho de habérsela arrancado por fin. Satisfecho y victorioso, aunque el rencor aún permanecía sin que él supiera determinar del todo su origen. Habían llegado al final del pasillo, donde se exponían varias nutrias, grandes y pequeñas, marinas y de río, castañas y negras. Ambos leyeron en silencio el cartel de la vitrina, donde se destacaba su gran inteligencia. «Toman una piedra del

fondo del mar y, tumbadas boca arriba, la colocan sobre su pecho y golpean los mejillones hasta partirlos. Son, junto a los primates, los únicos mamíferos capaces de usar así una herramienta.» Ella se volvió hacia él y lo miró ufana. ¿Ves?, dijo. Pero ¿qué había que ver?, pensó él. ¿Tan increíble le resultaba el dato? ¿Iba por eso a apuntarse al Club de Fans de las Nutrias Inteligentes? ¿Qué importancia tenía aquello? Se dio cuenta de que sus mundos eran incomunicables. Estaban juntos, sí, en el mismo trabajo, en la misma ciudad, en la misma misión y ahora en el mismo museo, pero quizá lo único que compartían ellos dos era eso: el paisaje.

De camino a la cafetería, la chica quiso entrar en la tienda del museo.

—¿Ya no te molestan los niños?

Ella no contestó. Se entretuvo con los peluches, los libros con láminas para colorear y las figuritas de plástico. Compró una de una nutria albina a un precio que a él le pareció disparatado.

—Está muy bien hecha —explicó—. Colecciono estas figuras.

Esta vez el que no respondió fue él.

Mientras esperaban el café, le daba vueltas entre las manos a su juguete, sin mirarlo. Él rompió el silencio. La voz salió quebrada y ronca. Se bloqueó un poco, pero habló con toda la decisión que fue capaz de reunir.

—¿Sabes? Compré tu libro. He leído tus cuentos.

Ella se ruborizó. Asintió levemente, como dando las gracias, pero sin despegar los labios. Él no supo

cómo continuar. ¿Tenía ahora que decir que le habían gustado? ¿Fingir que había leído el libro completo? ¿Preguntarle por qué nunca hablaba de ellos, de sus cuentos? ¿Qué esperaba ella que él hiciera? ¿Qué estaba acostumbrada a recibir cuando tenía un lector delante? ¿Admiración, respeto, preguntas, críticas? Antes de seguir observó sus dedos unos instantes. Se notaba que se comía la uñas, o al menos que no se las cuidaba demasiado. Continuaba entrelazando con los dedos la figurita de la nutria, dándole pequeños golpes nerviosos con el índice. Quizá estaba expectante. Se vio forzado a continuar, aun sin saber bien qué estaba diciendo.

—Pero resulta contradictorio. Si alguien lee los cuentos sin conocerte, bueno, sin saber nada de ti, supongo que encontraría algo coherente en ellos, un significado —recalcó la palabra «significado»—. Pero viéndote, viendo tu forma de ser, de hablar, de estar en el mundo, no sé..., hay algo ilógico en tu escritura, algo que no encaja.

Ella paralizó el movimiento de sus dedos. Lo miró con interés. Hubo una leve vacilación en sus pupilas. Él se dio cuenta de que sus palabras la desestabilizaban, y ya no pudo parar.

—No puede ser que te gusten las nutrias porque son... graciosas..., es la palabra que tú usaste, ¿no?..., «graciosas»... porque duermen la siesta cogidas de la mano y lo viste en un vídeo «divertido»... por esa razón o que te conviertas en una cría caprichosa cuando entras en una tienda de peluches y te compres «eso» —señaló despectivamente la figurita— y luego escribas,

no sé, historias horribles de suicidios y de depresiones y de incestos.

Ella carraspeó y le pidió que siguiera. Y él siguió, ya impetuoso.

—¿Y esos personajes, tan oscuros, tan... turbios? Todo el tiempo parecen amargados, o tristes, o son directamente egoístas y se comportan con maldad. No hay compasión en ellos, ni arrepentimiento. ¿Por qué tienen que ser así? ¿Es ése el tipo de gente con la que te encuentras, con la que convives a diario? ¿Todo el mundo que te rodea es así?

Hubo un breve silencio. Sus últimas palabras re-tumbaban entre ellos. «¿Todo el mundo es así?» Ella torció la boca. Daba la sensación de estar muy concentrada en formular una respuesta válida. Pero no hablaba. Levantó los ojos y luego, con esfuerzo, dijo:

—En la realidad...

Sólo esas tres palabras, «en la realidad», y se detuvo con cautela porque la camarera acababa justo de poner sobre su mesa las bebidas. La interrupción no era excusa suficiente para pararse, pensó él, pero ella no siguió. Agarró el sobrecito de azúcar, lo rasgó lentamente y no dijo nada más.

—¿Qué? ¿En la realidad *qué*? ¿Qué pasa en la realidad? ¿No vas a continuar?

La chica se encogió de hombros. Qué más daba. Él se exasperó.

—No. No vale decir que todo da igual. Cada vez que te pregunto por qué algo es así y no de otro modo, me contestas lo mismo: qué más da. ¿Piensas que no voy a ser capaz de entenderlo? ¿No merece la pena si-

quiera hacer el esfuerzo? ¿O es que directamente no tienes respuesta?

La miraba con odio, pero no la odiaba. O la odiaba a ráfagas, intermitentemente, con aprensión, y la miraba únicamente como podía mirarla en ese estado: sobrepasado, saliéndose de sí mismo y de su voluntad, claramente aturdido. Ella había echado el azúcar en el café, removía con parsimonia, casi distraída. Él creyó que no aguantaría mucho más su altivez. Se sintió arder las mejillas, supo que perdía el control, no hizo ya nada por recuperarlo.

—¿Qué piensas de los imbéciles como yo que van a una librería, abren la cartera, sacan un billete de veinte euros, o la tarjeta de crédito, o lo que sea, y compran tu libro? ¿Qué piensas de los que te leen? ¿Te parece que están a tu altura? No, ¿verdad? Los desprecias, ¿verdad? Escribes todo eso de los animales atropellados, y del aborto, todo eso del padre que sentaba a la niña en sus rodillas y la frotaba contra él, todo eso del escupitajo y... todo eso lo escribes porque desprecias a los que te están leyendo, ¿verdad? Les devuelves una parte del asco que te dan, ¿no es eso?

Tenía los ojos húmedos. Él, no ella. Ella se limitaba a mirarlo sin pestañear. Abría los labios a veces y los cerraba después sin articular palabra. Los cafés se enfriaban sin probarlos. Una pareja de profesores, que los había estado rondando para ver si dejaban la mesa libre, se acercó a preguntar, con sus acreditaciones prendidas en la ropa. Ella levantó la mirada, ondeó la mano con un gesto de rechazo. No, les dijo, todavía no se iban, y fue como si al hacer aquel gesto hubiese salido de un

hechizo, de una especie de hipnosis, porque su cara cambió, algo indefinible pero perceptible cambió en ella, y lo miró de otro modo.

No tenía por qué darle explicaciones, protestó, pero le habló de la cuerda floja. La cuerda floja, insistió. Le dijo que ella se sentía todo el tiempo caminando en ella, en la cuerda floja, e insistió en las palabras «todo el tiempo». Continuamente, dijo, sentía que podía caerse, que podía resbalar hacia uno u otro lado, caer hacia el vacío. Ni siquiera la opción de avanzar hacia adelante le daba la más mínima estabilidad, porque al final de la cuerda, al final de tanto esfuerzo, sabía que no había nada. Él pestañeó con estupor.

—¿Ves? Otra vez hablas con dobles sentidos. Como si fuésemos los demás, y no tú, quienes tenemos que encontrar significados.

Pero se relajaba, su enfado se diluía. Quería que ella le siguiese hablando, que le explicase que no había significados, que no se trataba de hacer correspondencias ni de traducir nada. Ella hablaba de una cuerda floja y punto, como si de verdad hubiese una cuerda real, una cuerda floja tan real o tan falsa como podían serlo los mustélidos disecados o los muñecos de plástico de la tienda. Él la escuchaba con atención, casi conmovido. Le contó que a menudo se encontraba al borde del llanto. Podía llorar en cualquier momento, dijo, en cuanto algo o alguien la tocara. No hablaba de tocar realmente, aunque también, y él recordó el momento en que la había llamado por su nombre, y el sobresalto que ella había tenido. Su cuerpo estaba lleno de botones que pulsar, explicó, algunos de ellos con-

ducían a la risa y otros al llanto, a veces conducían a ambas cosas a la vez, pero en ningún caso se podía saber la reacción antes de pulsarlos.

—Es decir, vivo sin previsión.

Él creyó comprenderla. Supo que le estaba hablando con la mayor sinceridad —o los menores dobleces— de la que era capaz. Sintió deseos de levantarse y abrazarla, de estrecharla contra sí, aunque supo que jamás sería capaz de hacerlo y, aún más, supo que nunca lo haría. Pero cogerle una mano quizá sí. Estiró primero el brazo, luego los dedos, en dirección hacia ella. No llegó a rozarla. Únicamente atrapó la figurita de la nutria que ella soltó, instintivamente, cuando notó el acercamiento.

—Necesitas esto para escapar, ¿no?

¿El juguete? Ella arqueó las cejas. No, dijo, no era ningún escape. Las nutrias, los hurones, las martas —disecados o no— no eran ningún escape. Eso era ella, dijo. Repitió la frase para sí misma: «Eso soy yo.» El escape era justamente el contrario: la escritura como desagüe. Conjuraba el peligro escribiendo sobre el peligro. Dándole forma al horror evitaba la realización del horror. Escapaba. ¿Era innecesario, improductivo? Bien, pedía perdón por ello.

—Pido perdón, en serio.

Aunque no sabía a quién.

En el avión de vuelta se quedó dormida sobre su hombro. La reunión se había desarrollado tal como habían previsto; ninguno de los presentes —incluidos

los gerentes de la empresa— se había salido del guión que los dos anticiparon con tanta profesionalidad. Podría decirse que todo había sido un éxito; sin embargo se sentían derrotados y exhaustos. El almuerzo posterior había sido largo y aburrido. Miraban el reloj con disimulo. Todos lo hacían, tanto los visitantes como los visitados. Las conversaciones estaban más que gastadas cuando por fin llegó la hora de volver. Él se sintió aliviado, dispuesto a recuperar la intimidad que ya había conquistado, pero de camino al aeropuerto se dio cuenta de que ella no se relajaba. Mantenía la misma actitud de reserva que en la reunión, los labios apretados y la mirada impenetrable, como si la conversación de la cafetería del museo jamás hubiese existido. Incluso la visita al museo —la entrada atestada de niños, las vitrinas con los ejemplares disecados, la tienda— tampoco parecía haber sido real. Él había esperado aquel momento —el de quedarse solos— para continuar hablando de cuerdas flojas y mustélidos, pero cuando vio que tendría que empezar otra vez desde el principio, más que por el desánimo, fue vencido de nuevo por el resentimiento. Ella era un fraude, pensaba ahora, sintiendo su respiración inquieta, los ligeros movimientos de su cabeza en el hombro cuando alguna turbulencia agitaba el avión y se estremecía dentro del sueño. O quizá fingía, pensó también, fingía estar dormida para evitar hablar con él, o tal vez para darse la posibilidad de tocarlo —su mejilla en el hombro— sin que su orgullo ni su buen nombre —el de la chica evasiva y distante a la que es tan difícil acercarse— se viesan alterados en lo más mínimo, haciéndose la estrecha ahora, pensó con

rabia, después de haber escrito todo aquello de la masturbación y la escena del perro y todo lo que no había leído aún pero sabía que estaba ahí, encerrado en las páginas de su libro: historias que ella había dispuesto ahí para herirlo y turbarlo a él como a tantos otros, pasándole su fardo de miserias a los que no tenían culpa de nada. Ella durmió prácticamente todo el trayecto y sólo al final, cuando el piloto anunció el aterrizaje, abrió los ojos, parpadeó varias veces tomando conciencia de dónde estaba, se separó de él bruscamente y le pidió perdón de nuevo.

—Me he pasado el viaje molestándote.

Se hacía la tonta, claramente se hacía la tonta, se dijo él, y la miró de reojo, cómo recogía su bolso del suelo, cómo se rehacía después la coleta —el gesto de levantar los brazos para peinarse le excitó levemente, y eso aumentó su rabia—, observándola girar hacia la ventanilla para asomarse —aunque estaba tan nublado que no se distinguía nada—, y entonces, cuando la vio ponerse el abrigo, vio también que la figurita de la nutria albina se deslizaba del bolsillo y caía en la junta de los asientos, quedándose allí medio oculta sin que ella se diese cuenta. Luego el avión aterrizó, esperaron lo que había que esperar —minutos sin hablar— y salieron disciplinadamente, en la fila apretada, tras la pareja con el bebé cuyo llanto no había conseguido en todo el tiempo despertarla de su siesta, otra prueba más —pensó él— de que había estado fingiendo que dormía.

Fue al salir del avión, por la escalerilla que llevaba a la pista, cuando al meterse las manos en los bolsillos ella notó la ausencia de la figurita y tuvo otro de sus

extravagantes sobresaltos, y se volvió a buscarla al interior de la cabina, como si fuese cuestión de vida o muerte recuperar el insignificante juguete, sin importarle el revuelo, el retraso, las molestias a los pasajeros que bajaban mientras ella subía, ni la vergüenza de él, que por supuesto no supo si continuar bajando o si esperarla allí, en mitad de la escalera, como un auténtico idiota.